



GUDAJI

Por Ada Albrecht

Guda nunca pudo querer a su Guru, y nunca pudo, porque tampoco se quería a sí mismo. Tenía para con su Maestro una constante actitud negativa, observaba todos sus defectos con la escasa luz que le otorgaba la lamparilla de su luciérnaga mental. Su Maestro era recto y hablaba palabras sabias, pero él sólo concienciaba de este los regaños y amonestaciones por sus faltas. Carecía de humildad, y pensaba demasiado. Su mente era su gran tesoro al cual Guda mimaba en todos los planos.

Cierta noche tuvo un sueño. Estaba en un bosque de mangos y tenía hambre, mas, cada vez que iba a tomar un fruto, su mente le hablaba diciéndole:

—Deja ese fruto Guda, mira que el árbol del cual proviene es la morada de una cobra que ha hecho su habitáculo allá, entre sus raíces.

Y Guda huía despavorido. Cuando iba a recoger otro fruto de un árbol diferente, la misma voz mental volvía a decirle:

—Ese tampoco Guda, mira que un cuervo vive entre sus ramas.

Y una vez más, el pobre abandonaba el fruto en cuestión yendo por un tercero... un cuarto... un quinto.

En el colmo de la inanición, y cuando estaba ya a punto de morir, Yama-Ji, el *Deva* de la muerte, apareció entonces, con su gran maza, montado en su divino búfalo de fuego.

—Ven conmigo Guda —le dijo, yo te llevaré a las regiones sutiles de la Luz Bienaventurada.

Pero otra vez, la vocecilla de su mente volvía a decirle:

—No le creas Guda, Yama-Ji te llevará al Taraka¹, es cruel, su cuerpo es sombra y corrupción, no oigas su voz...

Y Guda le daba la espalda, pero cuando iba a recogerlo la vida, su mente retornaba a hablarle.

—La vida es dolor Guda, aléjate de ella...

Así, el pobre, no hallaba sosiego para su mal en ningún plano, de ningún modo posible. Lo encontró por fin su Maestro, transpirado y gritando en medio de la noche, envuelto en las sombras de su siniestra pesadilla.

—Fue una lección, hijo mío, una lección para que aprendas a no ser tan devoto de tu ego.

¹ El infierno.

Y Guda por fin, despertó de su error, vio claramente que era esclavo de sus ideas y se tornó tan manso y bueno que nadie ya era superior a él en humildad en todo el *Ashram*. Aprendía con tal mansedumbre, que era el regocijo de sus superiores y condiscípulos...

Hasta que llegó Silam, el ladrón, y le enseñó a hurtar. Todas las mañanas, faltaban panecillos en la hora del desayuno, y durante el almuerzo, una misteriosa mano arrebatava al cocinero platillos colmados de vegetales y demás alimentos. Comenzaron también a faltar ropas, libros y otros elementos hasta que fue necesario efectuar una requisa por todo el monasterio. Cuando la misma llegó al cuarto de Guda, hallóse un verdadero arsenal de cosas hurtadas entre sus paredes.

—¿Cómo es esto, Guda? —reprendióle su *Guru*. ¿Es esta la manera que tienes para demostrarnos que estás en el sendero de la Ley?

—Me has dicho Maestro que debo posponer mi ego, que de todos debo aprender. Silam me enseñó que el hurto es camino que toma la justicia para sacar al que tiene de más y dárselo a quien carece. De todos, me dijiste, debo aprender, y es lo que he hecho... yo comparto lo hurtado con los pobres.

Entonces su Maestro y condiscípulos se pusieron muy serios.

—Jamás hemos visto —se dijeron—, un caso tan marcado de falta de discriminación. Le llamaremos *Mrityuviveka*, o sea “aquel que tiene muerto el discernimiento”.

Y todos estuvieron de acuerdo en que el camino del espíritu no era para Guda. Y le rogaron que abandonara el *Ashram*, puesto que era un lobo entre corderos.

Era cierto: Guda carecía de *Viveka*; pero poseía algo inapreciable a su favor: amaba a Vishnu por sobre todas las cosas. Aun conviviendo con su ego salvaje, en la diminuta torre-cilla de su mente, pensaba de modo continuo en el Dios de todos los Dioses:

—Soy Tuyo —le decía—. Tú me has hecho así y debes protegerme de mí mismo porque si grande es mi anhelo de alcanzarte, pese a mis errores, más grande es el Tuyo de poseerme; de modo Señor que es Tu deber trabajar sobre mi tierra árida y convertirla en Tu propio vergel.

Anduvo así, errante por todos los Caminos, hasta que llegó al país de los monos. Estos se movían constantemente de rama en rama, recogían frutos que abandonaban al momento por otros, y volvían a arrojar los recién tomados por los que observaban frescos y llamativos en nuevas ramas. Apenas si comían un bocado de alguno, que ya la visión de nuevos manjares llenaba sus retinas. Los pobres sufrían de ambición a tal punto

que no bien se detenían a satisfacer la primera, ya despertaban a una segunda y una tercera... Era en verdad una tortura convivir con ellos, pues el padecer de los pobres animales hería de modo atroz el corazón de quien los observaba. Guda estaba aterrado y desconcertado. Quería huir de ese lugar, pero siempre había un mono que de un zarpazo lo llevaba nuevamente al medio del bosque. Desesperado, se acercó a orillas de un río para llorar sus cuitas, cuando vio emerger de sus aguas, al mismo Vishnu que le sonreía.

—No estás en el país de los monos, querido Guda —díjole éste—, sino en el país de tu mente. Tú me quieres, lo sé, y me llamas, pero, ¿cómo puedo despertar en ti, mientras convives con tan grande cantidad de ideas, sugeridas por tu travieso ego? No ves diferencia alguna entre las enseñanzas de un sabio y las de un ladrón. Por eso te han separado del *Ashram* donde sólo por momentos llegaste a ser un buen discípulo. Es cierto: careces de la luz del discernimiento, joya preciosa en el Sendero de la Realización espiritual. Pero tienes devoción hacia Mí, y eso salva cualquier inconveniente. Haremos entonces lo siguiente —expresó el Señor, con una sonrisa en su resplandeciente faz, ante la cual las más bellas auroras eran noche y oscuridad:

—Cada vez que la mente te sugiera una idea, te preguntarás: si la realizo, ¿a quién hiero, a quien perjudico? Sólo

cuando una entre todas ellas se encuentre envuelta en las sedas bienaventuradas de la bondad total, has de recibirla y darle asilo en ti. No antes.

Guda se inclinó reverentemente ante la aparición, mas cuando levantó la cabeza, ésta, como también el bosque y los monos, habían desaparecido. Estaba absolutamente solo a orillas del río. No saliendo aún de su asombro, caminó por las riberas del mismo, atesorando la enseñanza recibida y lleno de renovados anhelos espirituales.

—No podré, a partir de ahora, equivocarme jamás —se dijo, y caminando llegó a una aldea de pastores, donde había muchos niños y algunas hermosas vacas que generosamente mañana y tarde, prodigaban su leche.

Como nada sabía de ordeño, rogó lo aceptaran para alimentar al alegre ganado. Los aldeanos recibieron a Guda encantados. Durante los días siguientes, este, muy temprano en la mañana, las llevaba a pastar en los prados de la vecindad. Las vacas, con sus cuidados y esmeros, se pusieron hermosas, comenzaron a engordar, a dar buena leche.

—Si alimento estas vacas —se preguntaba Guda—, ¿a quién hiero, a quien perjudico? ¡A nadie, a nadie! —se repetía entusiasmado...

Hasta que una tarde, mientras los animales pacían serenamente en medio del campo, Guda vio venir hacia él, a una anciana mendiga, cuyas ropas se hallaban viejas y destrozadas.

—¿Quién eres? —quiso saber éste.

—Soy el alma de este prado, al cual tú y las vacas destruyes día a día. Mira a mi hijo el césped, que minuto a minuto muere destrozado por las fauces de estos animales. Cuando llegue la primavera, aquí no se alzarán ninguna flor... ¡Ay, cómo me hieres, cómo me perjudicas Guda, trayendo este ganado a mi casa! Guda no regresó esa tarde a la aldea. Las vacas, lentamente, volvieron solas, y él se marchó por cualquier camino, el primero que le saliera al paso, atontado, estupefacto, y llorando a más no poder.

—Evidentemente —se dijo—, soy Mrityuviveka, “aquel que carece de discriminación”. Ni siquiera los consejos de mi Padre Celeste, me han dado claridad. Es mejor que desaparezca del Universo, que me vaya bien lejos de la vida y la muerte, pues en ambos reinos seguramente sembraré continuas equivocaciones.

Y se quedó quieto, muy quieto y muy lejano a todo lo que fuera mente, pensamiento y acción exterior.

A partir de ese instante, podía contar con los dedos de una mano, al finalizar el día, cuantas ideas habían morado en la

casa de su mente. ¡Tan pocas eran ellas! Al paso de los años, sólo una le había quedado, como una reina en su vacío palacio mental: Vishnu.

A veces, por la choza en la cual vivía, pasaba algún hombre y le saludaba, pero Guda apenas si respondía a su saludo. Comía cuando podía y sólo cuando hallaba alimentos al albur.

—Todo aquí es insubstancial —se repetía, y agregaba—: una sola cosa es valedera, y esta es Vishnu. Hasta la misma facultad discriminativa que tanto ansiara alguna vez, me es indiferente. ¿Para qué he de quererla en el reino del error que es este mundo? Aún con ella, la equivocación morderá mis pasos constantemente.

Una mañana, amaneció muerto, y un carpintero que pasaba frente a su choza, lo alzó en su carretón y lo llevó al crematorio.

Cuando su alma, ya libre de ataduras materiales, navegó libremente por el espacio, vio asombrado el carro diamantino de Indra que venía a buscarlo.

—Sube —le dijo—. Vamos al Cielo.

—¿Cómo es esto? — preguntó asombrado Guda. Estarás equivocado, yo soy Mrityuviveka, un hombre ciego. No podré morar en el mismo lugar donde, según se cree en la Tierra, residen los hombres sabios.

Pero Indra con suavidad lo llevó hasta su carruaje, partiendo raudamente hacia las regiones bienaventuradas.

Al llegar, Guda vio un resplandor de luces, de sutiles perfumes y de música, poblando el espacio. Seres etéreos y bienaventurados salieron a su encuentro, al grito de *¡Hare Viveka-tirtha!*

Guda los observaba entre avergonzado y admirado ante tanto esplendor.

—Con todo respeto —les dijo—, creo que estáis equivocados... Soy Mrityuviveka, el hombre que se halla muerto para la discriminación... Seguramente me habéis confundido con algún santo que llegaría al cielo a la misma hora que yo debería estar llegando a los infiernos...

Entonces, como una montaña de Soles que se alza en medio de la oscuridad, tan grande era su fulgor, apareció ante él su Gran Amado, su Gozo, Aquel que ocupara la casa de su corazón y de su mente, convertido en idea única, el Gran Vishnu, Dios de Dioses, Emperador perpetuo de los Cielos. Abría éste sus brazos y lloraba como suelen llorar de amor los mismos mortales.

—Oh Guda —le dijo, atrayéndolo hacia sí—. ¿A quién hieres? ¿A quién perjudicas con este Amor que has depositado en Mí?

...Y Guda, en el relumbro de un segundo, de un instante, vio completamente claro.

—Ay Señor —repuso, sollozando en medio de la felicidad más completa—. ¡Era esa Tu enseñanza, esa Tu lección! Sólo quien Te ama sin medidas abandona la casa del dolor para siempre... Perdóname por no haberte comprendido antes, allá en la Tierra, mas... como bien sabes, el discernimiento no mora en mí... por algo mi nombre es Mrityuviveka...

—No —repuso Vishnu—, de ahora en adelante se te conocerá por tu verdadero nombre y este será Vivekatirtha, o sea “la morada de *Viveka*”, pues la más alta discriminación que puede poseer una criatura humana es la que lo orienta a “Amar A Dios Sobre Todas Las Cosas”, como tú lo has hecho...

Y de este modo, por amor a los hombres, Guda, con otros vestidos-cuerpos, regresó a la Tierra para enseñar la dirección del auténtico camino. Vio al paso de sus existencias, muchos otros Gudas, como fuera él en el pasado, siendo malos discípulos en los *Ashrams*, y los vio también, en los bosques-mente donde moran los monos-ideas. Los vio también deseosos de no herir, de no perjudicar, siempre abrazados al fantasma del mundo... y los vio por último ya realizados, partir como él mismo, hacia la región de los bienaventurados, con la última lección bien aprendida, abandonando para siempre, ¡oh dicha

infinita!, la oscura Casa C3smica de todas las tragedias, que se llama Ignorancia, pero, por sobre todas las cosas, que se llama Indiferencia y Desamor para con nuestro Gran Se1or.

Del libro Santos y ense1anzas de la India, Ed. Hastinapura
